letras, creían que no habían de tener disposición para las matemáticas, desanimándose de este estudio.—¡No es verdad!—gritaba.—Es una ilusión suya. No podrá llegar á ser un matemático, pero puede aprender como los demás los elementos de la ciencia. No es cosa de aptitudes, sino de disposición de la inteligencia. Lo que á usted le pasa es que no sabe volver la mente hacia aquella parte. No consiste en otra cosa sino en que se pone mal; y esta es la causa de la dificultad. Y tanto llegaba á decir y tan bien y con un calor tan persuasivo, que convertía á los más rebeldes.

El profesor de lengua italiana era Antonio Fassini, un jovencillo de cuarenta años, hermoso y amable, de cultura limitada pero de gusto exquisito, y todo fuego y llamas. El profesor que se requería para aquella estudiantina, á la cual más que nada era preciso infundir el amor por las letras y por la lectura y promover el deseo personal de leer y estudiar por sí mismo. Prender la pólvora escondida, y ponerla donde no la hubiera; tal era su programa y su sabiduría. No sabía cuántas veces al mes se mudaba Leopardi de camisa, ni cuántos pares de botas consumía al año

Hugo Foscolo; pero cuando leía los *Recuerdos* ó los *Sepulcros* (y leía admirablemente y sabía enseñar á leer) palidecía, se encendía su rostro, temblaba, y todos se conmovían con él. De este modo hacía milagros. ¡Pobre Fassini! No decaía su ánimo más que al corregir ciertas composiciones. Es verdad que solo *quitaba lo más grueso*, como dicen los napolitanos. Pero tropezaba á veces con un bosque virgen, tan intrincado de barbarismos y de faltas de gramática, que llegaba á veces á un punto en que se detenía, apretándose la cabeza entre las manos, y se quedaba silencioso, desesperado de la empresa en que se había metido. Alguna vez se ponía furioso, y tronaba como un mortero; pero no disparaba más que con pólvora. Nadie le temía, todos le amaban; íbamos á su clase como á una fiesta.

Un ejemplar original era también el profesor de francés, un cura gordo, de rostro enrojecido y con anteojos de oro, de una bondad y de una cortesía incomparable, de las cuales abusábamos vilmente. A una señal convenida todos los alumnos se acurrucaban debajo de los bancos; la clase quedaba desierta. Y él sin descomponerse, de

cía con dulzura: *Debout, Messieurs, debout! Celà n'est pas sérieux, allons. Reparaissez, reparaissez, Messieurs... Ah! les voilà! A la bonne heure... Nous disions donc...*

En suma, la disciplina era suave y los estudios fáciles, y quien quería podía prepararse seriamente para los exámenes, quedándole tiempo para dedicarse á la política nacional y á la delincuencia literaria.

*

Aquel bendito Turín era una terrible distracción. En los primeros días pasé las horas de salida correteando por las calles. El primer domingo fuí á la Universidad para oir al diputado Ferrari, la «espléndida excepción» como le llamaba Cavour, el autor de la *Mente del Romagnosi* y de la *Filosofia delle Rivoluzioni*, que daba un curso de lecciones públicas sobre los *Escritores políticos*. Era uno de los más extraños y poderosos oradores que yo he oído. Me parece estar viendo todavía aquella cabecita pelada, que se ponía encarnada como un queso de bola, aquellos ojillos de hurón, aquel gesto de epiléptico, y oyendo aquella voz sutil y estridente,

aquella elocuencia á borbotones y sacudidas, que revelaba una lucha violenta entre la inspiración impetuosa y la palabra resistente, en la cual el oyente pensaba, trabajaba y vencía con él; y los períodos se disparaban como fuegos de artificio mojados, despidiendo relámpagos y humo, y las ideas salían despedidas como cohetes y estallaban en el aire en otras ideas, como en una lluvia de estrellas. Comprendí poco, me divertí mucho, no retuve nada. Sí, algo retuve: una invocación á Romagnosi, amigo y maestro del orador, hecha con un acento apasionado y solemne, que comovió á todos: — *Perdona, oh maestro...* y esta frase: — *Estos insensatos hombres de genio que no han comprendido cómo los acontecimientos se entrelazan en el tiempo, se entretejen en el espacio...* ¡Misterios de la memoria! Hace treinta y siete años que llevo estas veinte palabras en el cerebro y vienen á mis labios cien veces al año, como si tuvieran para mí un significado de importancia suprema!

Mientras salía del Aula Magna con un compañero de colegio, éste me enseñó al Padre Passaglia, que atravesaba el patio. Me detuve con gran curiosidad: ¡se había

hecho tanto ruído en derredor de su nombre! Aquella elevada estatura que hacían aparecer mayor un sombrero alto como una colmena, y el traje negro pegado á sus enjutas formas; aquella cabeza peluda y sanguínea de cura rebelde, aquellos grandes ojos resplandecientes de apetitos mundanos, aquellas nariz ambiciosa, aquella boca inquieta, aquella vacilación que se notaba en toda su persona y que parecía expresar una duda sobre el dogma de la Inmaculada Concepción, por el cual tanto había trabajado, me hicieron extraordinaria impresión. Era entonces diputado por Montecchio y profesor de Filosofía moral en la Universidad, donde explicaba un curso de lecciones sobre las «diversas formas religiosas», á las cuales atraía gran público su tersa palabra toscana, nutrida de gran erudición y de una lógica severísima; pero su autoridad y su boga habían disminuído mucho desde los primeros años de su conversión patriótica, y me pareció, por cierta vaga expresión de tristeza de su rostro, que él mismo tenía plena conciencia de ello.—Ése—me dijo mi compañero con acento de profundo respeto—hubiera podido ser Papa.— Y entonces me volví á

mirarle de nuevo con curiosidad más viva, sustituyendo con la imaginación la tiara pontificia al sombrero de copa, y las llaves sagradas al bastón. Pero en aquel punto se metió en la boca un cigarro Cavour, que dispersó todas mis ilusiones...

Era el domingo de las maravillas. Al desembocar por la calle de la Hacienda en la plaza Carignano, me encuentro con Angel Brofferio. El corazón me dió un salto. Era la primera vez que lo veía. Poco faltó para no pedirle permiso y darle un abrazo. Paseaba p r delante del palacio del Parlamento, golpeando con el bastón en el piso como si fuera un tambor mayor; llevaba un corbatón á la antigua, un balandrán que le daba hasta media pierna; sonreía maliciosamente, fijando su mirada chispeante á lo lejos y acariciándose con una mano la cara rapada, con nariz ciceroniana. Me puse á seguirle los pasos como si fuera un sabueso de la policía, devorándole con los ojos. Y ¿por qué no sentía él que era yo el que le seguía, su apasionado admirador, yo, que sabía de memoria sus poesías, que había leído los catorce volúmenes de *Miei tempi* con mi madre, que había aprendido de él la música de la

prosa y que había peleado muchas veces contra sus condiscípulos cavourianos por defender su gloria? ¡Oh, querido y gran Brofferio, viejo y fiel amigo de nuestra casa, que tanto nos has hecho reir y llorar, vuélvete un momento! ¿no me reconoces? No se volvió, prosiguió su camino por la calle Lagrange y desapareció por un portalón. Y aquella había de ser la primera y la última vez que lo veía.

*

A los pocos días otra feliz coincidencia. Obtuve permiso para salir de noche, y me llevaron mis parientes al teatro Carignano, donde Tomás Salvini representaba el *Sansón* de d'Aste, con la Cazzola. Él tenía entonces treinta y cuatro años, estaba en la flor de su belleza poderosa y soberbia. Me pareció un hombre de raza superior á la nuestra, que había quedado entre nosotros único supérstite *a miracol mostrare:* personificación ideal de la fuerza, como Rossi me lo había parecido del amor.

Casi ha desaparecido de mi mente la tragedia; no retengo más que los movimientos atléticos y los rugidos de león de Sansón, que me hacían el efecto de duchas

heladas sobre la nuca, y los grandes ojos azules y dulces de Judit en un momento en que ella los dirigía al cielo cruzando los brazos en actitud de gracia encantadora. Y tengo todavía presente el número considerable de gemelos de señoras que dirigían sus miradas sobre el Apolo hercúleo que maldecía á los Filisteos, y recuerdo también que me pregunté á mí mismo de qué manera aquellas graciosas oyentes podían prestar atención á los versos del poeta, observando con recogimiento tan profundo las mallas del actor. Era domingo; el teatro estaba lleno de bote en bote. Oigo todavía el estallido formidable de aplausos y de gritos con que la juventud del paraíso saludó á Sansón cuando, al final de un acto, aferró á su padre por la cintura, se lo echó al hombro y se lanzó á la carrera, trepando por las peñas esbelto y derecho como si llevara una liebre: un verdadero frenesí de entusiasmo. Pero el placer que sentía vino á turbármelo un antiguo amigo de la familia que estaba sentado en el palco inmediato al nuestro: un empleado en el Ministerio de Obras públicas, lleno de achaques y de mal humor, que no cesó de hablar de los asuntos del Ministerio,

diciendo perrerías de su Ministro. Un solo momento me hizo gracia. Oyendo ensalzar la belleza de Salvini, pidió los gemelos y, después de haber mirado gran rato al artista, exclamó con un doloroso suspiro: —¡Ah, qué hombre más afortunado!—Creí que le envidiaría la juventud, la belleza, el ingenio, la gloria. Ni siquiera por soñación. Él dejó ver claramente su sentimiento en seguida. Mirando atentamente los pies de Sansón que aparecían por entre la malla como desnudos, el pobre hombre, que era un mártir de los callos, había reconocido con su ojo experto que el gran artista no los tenía, que estaba inmune de la desgracia miserable que le hacía la vida infeliz. ¡Qué ingenio, ni qué gloria! Sólo le envidiaba por aquéllo. Luego se durmió, y no se dió cuenta de nada hasta el momento en que Salvini hizo derrumbarse la bóveda del templo. Y yo me volví al colegio, reproduciendo con voz de cabeza el último grito del suicida sublime, y tendiendo los nervios de los brazos como para derribar dos columnas invisibles, lleno y encendido hasta tal punto de ideas sansónicas, que cuando el portero me abrió estuve tentado á cogerle por la cintura... Pero era un hombrón, y me contuvo también el temor del *pan y agua.*

*

Á la semana siguiente me llevaron al teatro piamontés. Debía ser aquel año (el 1863) el más glorioso de su vida: estaba para salir *Monsù Travet.* Se representaba aquella noche el *Pover parroco*, de Pietracqua. Jamás había oído recitar en dialecto, no conocía comedia alguna de aquel teatro: todo era nuevo para mí, y el efecto fué grandísimo. Oía hablar por vez primera en las tablas el mismísimo lenguaje que se habla en la vida real, con palabras y frases que no podían ser otras que aquéllas, con entonaciones y acentos y modismos que me causaban la ilusión perfecta de la verdad. Gusté el placer que se experimenta al entrar en un círculo de amigos sencillos y francos, después de haber estado en el salón de una familia ceremoniosa y afectada. ¡Ah, qué aire tan puro! Toselli, sobre todo, en el papel del cura viejo, me pareció maravilloso. Representaba su papel, como dicen los franceses, *en dedans*, con tal acento de dulzura, de ingenuidad, de gravedad afectuosa, de jovialidad honesta y de buena

ley, que al oirle, sin advertirlo, se reía uno con las lágrimas en los ojos. Las que ahora se llaman predicaciones, y aburren, parecían sumamente breves dichas por él: tan grande era la naturalidad de la entonación, el color de espontaneidad y el calor del sentimiento que ponía en su obra. Y era admirable el ver con qué recogimiento y con cuánto placer aquel público mixto de burguesía culta y de pueblo bajo sorbía toda aquella moral que ahora le hace sonreir y bostezar con todas sus fuerzas. Transcendía de los artistas, de la comedia, del público, difundiéndose por todas partes un sentimiento de frescura y de sinceridad juvenil, de aire puro y sano, un ambiente de edad primitiva del teatro, de pueblo adolescente, de serenidad matutina de la vida. Entonces nadie se avergonzaba de tener que echar mano al pañuelo para enjugarse las lágrimas, y por todas partes se veía levantar y bajar las banderas blancas de la ternura. ¿Quién podía pensar entonces que el teatro piamontés no había de tener más que pocos años de vida próspera, tras de los cuales iría languideciendo continuamente como un enfermo de tisis? El *Pover parroco* acabó entre una lluvia de

lágrimas y una tempestad de aplausos, á los cuales respondieron como un eco en mi cabeza inflamada no sé cuántos títulos improvisados de comedias piamontesas tiernísimas... que se quedaron afortunadamente en tal estado. ¿Hubo siquiera un joven torinés en aquellos años, un solo joven no analfabeto que no meditase dar á luz una comedia para el teatro Rossini? ¡Es imposible!

Según salíamos después del sainete vi por entre la multitud, en el vestíbulo inmediato al despacho de billetes, un hombre mediano, sin pelo de barba, todo cara y abdomen, un quid semejante á Gianduia y á Sancho Panza, envuelto en un capote raído que le daba la forma de un pellejo de vino sobre el cual se hubiera puesto una calabaza; y á su lado otro personaje digno de curiosidad, poco más alto, con cara morena y enjuta, donde brillaba solo un ojo, y cuyos lineamientos parecía que habían sido dibujados por una mano temblorosa: vestía como un obrero en día de fiesta.

—Toselli y Pietracqua—me dijo al oído mi pariente.

Creí que era una broma. Pero no; todos se volvían á mirarlos. Eran ellos precisa-

mente; eran aquellos dos hombrecillos de apariencia tan humilde, aquel pobre procurador cesante y aquel ex compositor de tipografía, que habían fundado un teatro, creado un mundo pequeño, conmovido á millones de corazones, hecho derramar ríos de lágrimas...

*

Todos los días á la hora de salida, corría hacia los pórticos con algún compañero turinés para que me enseñara los hombres más notables del mundo político y del mundo literario y no había día que no tropezase con uno; alguna vez, con gran satisfacción mía, con varios: en cierta ocasión con Prati, otra con Revere, hoy con Bottero, mañana con Dina, un día con Boggio, otro con Pisani.

Carlos Pisani, veneciano, empleado en no sé que Ministerio y colaborador de la *Gazzetta del Popolo,* era uno de los periodistas más populares y de las caras más conocidas de Turín. Altísimo, una cabecita puesta sobre un cuello delgado, unido á un busto flaco, sostenido por dos largos zancos: nariz, bigote, hombros, rodillas, todo puntiagudo, que parecía había de abrir un

agujero donde tocase: una especie de Don Quijote del periodismo, perpetuo acometedor, que escribía sobre todos los asuntos artículos impetuosos, llamativos y brillantes, que causaban el efecto de pistoletazos con doble carga.

Pedro Carlos Boggio, «el grueso y sucinto profesor de Derecho constitucional», como lo había llamado Petruccelli, sonrosado, rotundo, con el monóculo; lleno de ingenio y de ambición, de cavilaciones y de paradojas, orador y publicista batallador é infatigable, tan inquieto y ruidoso que parecía que había en Turín diez Boggios, estaba aún en la flor de su rubia madurez y llevaba todavía en torno de la cabeza la aureola empalidecida de la protección del Conde de Cavour, que le había aupado, á los pies de su pedestal.

El doctor Bottero, diputado á la sazón, que por su cara lampiña formaba con Brofferio y con Guerrazzi la llamada trinidad de las Gracias del Parlamento, temible por la punta de su pluma implacable y por su fama de gran tirador de pistola; era un hombrón derecho y sólido como una pilastra de los pórticos de la plaza del Castillo, con un rostro paliducho de viejo actor, en

el cual brillaban dos ojos terribles y se escurrían como dos culebras los labios de una gran boca, á la cual la naturaleza burlona había dado la forma de un sombrero de cura.

José Revere, que frecuentaba el café del Genio, vestido siempre con estudiada elegancia, era una bella figura de oficial de Caballería, rígido y ceñudo, conocido en el gran mundo, no sólo por la hermosura de sus versos, sino también por el vigor de sus músculos, y por ciertas excentricidades de poeta desgreñado, como el ir alguna vez por Turín sin corbata. Por entonces corría una anécdota muy amena de un diputado amigo suyo, que para reconciliarlo con Prati, á quien Revere quería ajustar las cuentas á puñetazos por un epigrama ofensivo, le había invitado á comer á su misma casa; donde al encontrarse inesperadamente con el adversario, perdiendo el sentido, se fué sobre él para golpearle, echando el otro á correr por toda la casa chillando: ¡Paz! ¡Paz! ¡No abuses de tu fuerza física!...

Prati pasaba medio día en el cafe Florio, que era el café de los nobles, de los generales y de los escuderos de Corte,

siempre plantado delante de la puerta, con su inseparable lacito de la Legión de honor en el ojal del gabán; algo encorvado ya y «ofendida por argentados hilos la obscura cabellera»; pero hermoso todavía con varonil belleza, y hablador y gesticulador impetuoso, y fumador eterno, y epigramista inagotable, y aun cuando míope como un albino, ojeador atento y vivo de todas las ellas con sombrerillo, con cofia ó en pelo que le pasaban á tiro.

Y recuerdo la cara aplastada y risueña de Santiago Dina, de crespos cabellos y piernas hercúleas, y al enorme general Cugia, Ministro de Marina, *graciosamente altanero*, como el *Fischietto* lo definía, con su hermosa cara pálida de Hamlet gordo; y al Conde Bastogi de larga cabellera, siempre vestido de negro y lindo como un novio, y el rostro sanguíneo y fiero de Nino Bixio, derecho como una espada y nublado como el mal tiempo..., y otros muchos más.

Pero entre todos, el que mayor estupefacción me produjo fué el poeta improvisador de Siena, Juan Bindocci, á quien encontré una noche en la plaza de San Carlos: un hombre guapo, regordete, de

acre fisonomía, de líneas graves, que llevaba una especie de capa larga teatral de lana negra, con una capucha de dominó, adornada por la espalda con una fila de borlas de color de púrpura, y llevaba atada con una cuerdecilla una gran cabra, seguida de un tropel de retozones muchachos.

*

Un día, finalmente, conocí también al famoso D. Ambrosio, del cual muchas veces había leído noticias en los periódicos, aún antes de venir á Turín. Me le enseñaron bajo los pórticos del Po, mientras estaba observando atentamente un retrato suyo en caricatura, expuesto en el escaparate de Maggi. Era un curón como de cincuenta años, con dos espaldas de Atlante, cara larga y seca de asceta, con ojos profundos y tristes, que parecían las ventanas de un cerebro lleno de grandes pensamientos. Pero, como dijo no sé de quién un poeta festivo,

era di fuor pensoso e dentro no.

No había en su cráneo abultado más que aire comprimido, que rompía en viento rumoroso.

No había ejercido nunca, según decían; le habían negado el *exeat*, el *maneat* y el *exerceat*, porque apenas se ordenó, había manifestado el propósito de fundar una nueva Iglesia con el nombre de *Iglesia Nacional*. Con este propósito había venido de Mondovi, su pueblo natal, á Turín, donde hacía ya varios años, predicaba el nuevo verbo, por plazas y calles, haciendo púlpito de una silla, de una mesa de café ó de un banco de posada; y de Turín se dirigía con frecuencia á las ciudades más pequeñas y á las aldeas del Piamonte, donde levantaba un ruido del diablo. Era una especie de caricatura rústica de Savonaroia, verdaderamente apasionado y con completa buena fe; pero más apto para llevar un púlpito á las espaldas que para estar en él dignamente. Tenía admiradores, sin embargo, que le invitaban á comer de buena voluntad y, gracias á las invitaciones, y con lo que sacaba de la venta de ciertos opúsculos suyos político-religiosos, campaba bastante bien... para un apóstol. Pero en Turín, cuando yo vine, había amenguado mucho el favor popular, especialmente después de una entrada poco triunfal que había hecho en el Palacio Madama, llevado en una